

tas sigamos no sólo investigando las lenguas indígenas, sino redoblando esfuerzos que, como la investigación, contribuyan de forma decisiva al desarrollo lingüístico y cultural de las lenguas amenazadas de extinción. En este sentido, *Hablando* demuestra cómo los hablantes han sabido darle continuidad, resistir y adaptarse a los embates de la supuesta civilización moderna, que nos es otra cosa que un capitalismo salvaje que amenaza permanentemente la sobrevivencia de lenguas y culturas milenarias, por lo que su lectura está destinada a convertirse en lectura obligada para todo aquel comprometido con el futuro no sólo del náhuatl, sino de cualquier lengua indígena.

JOSÉ ANTONIO FLORES FARFÁN

*La sabiduría de la palabra. Memoria del Simposio Conmemorativo del XXX Aniversario de la Dirección de Lingüística del INAH, 1968-1998*, coordinadores Ignacio Guzmán Betancourt y Martha C. Muntzel, México, INAH, 2002, p. 257.

*La sabiduría de la palabra* es el título, por demás sugerente, del atractivo volumen coordinado por Ignacio Guzmán Betancourt y Martha C. Muntzel, ambos reconocidos investigadores de la Dirección de Lingüística del INAH.

La palabra es el medio con el cual nos referimos a la realidad, es la forma como podemos traducir las experiencias emanadas de nuestro entorno, pero también aquellas otras que son producto de nuestra muy particular percepción. Numerosas son las funciones que se le han asignado y las maneras de abordar esta unidad lingüística, como veremos en este breve recorrido por las páginas del libro que aquí nos ocupa.

La importancia del acto designativo queda manifiesta en el libro del *Génesis*; ahí encontramos un claro testimonio de cómo el lenguaje es consustancial al hombre: Yavé presentó a Adán los distintos ejemplares del reino animal para que éste les impusiera sus nombres específicos. No aludiremos aquí a los argumentos sostenidos por Leibniz y Locke respecto a la manera en que el primer hombre procedió a realizar dicha operación; esto es, si lo hizo conforme a la naturaleza de lo nombrado o si, por el contrario, lo realizó sin tener en cuenta ningún lazo natural entre la especie y el sonido que hacía referencia a ella; sólo queremos destacar que el lenguaje articulado es privativo y propio del hombre.

Partiendo de esta premisa, nos referiremos a uno de los trabajos que integran *La sabiduría de la palabra*. En él se alude a la dispersión de los hijos de Noé, Sem, Cam y Jafet, después del Diluvio, por diver-

sas partes de la tierra. Lo interesante aquí es recordar la forma en que estudiosos de todos los tiempos y de distintas latitudes han establecido vínculos insospechados entre los primeros pobladores y otros grupos humanos muy distantes de aquéllos, como lo hizo, por ejemplo, don Carlos de Sigüenza y Góngora. Siguiendo el pensamiento escolástico medieval, el ilustre polígrafo mexicano sostuvo en el siglo XVII que los americanos eran descendientes de Cam quien había poblado África, y, más aún, que los olmecas provenían de Egipto y que habían pasado al continente americano a través de la mítica Atlántida.

Ahora bien, la diversidad lingüística, castigo a la soberbia humana que pretendía llegar hasta el cielo mediante la construcción de una gran torre, ha sido registrada en distintos catálogos realizados desde el Renacimiento hasta principios del siglo XIX. Gracias a estas colecciones polidómicas, como las de Lorenzo Hervás y Panduro, contamos, según se apunta en otro estudio, con ricos materiales que permiten la reconstrucción lingüística y el establecimiento de la filiación entre las lenguas.

El acto de denominación, como se constata en este libro, nos permite retrotraernos a estadios antiguos con el fin de confirmar, por ejemplo, la existencia de objetos específicos en determinadas culturas. La palabra se convierte así en un revelador dato que, junto con los vestigios arqueológicos y la información histórica, nos ayuda a precisar las migraciones de los pueblos y los contactos que éstos han tenido entre sí. A través de este elemento léxico, podemos también reconstruir las distintas relaciones de parentesco que se establecen en sociedades específicas. De este modo se ponen al descubierto las intrincadas redes nominativas que hacen referencia a la filiación consanguínea y política de los miembros que componen un determinado grupo.

Pero la delimitación misma de esta unidad conlleva numerosos problemas: ¿cómo definirla y cómo circunscribirla dentro de la cadena hablada?, ¿por criterios fonológicos o a través de su estructura?, ¿como una unidad gramatical o como una unidad semántica menor que la frase? Esta dificultad se acentúa aún más cuando se trata de lenguas que no gozan de una tradición escritural o que ostentan complicadas características estructurales y fonológicas, como el zapoteco.

La demarcación de los lexemas se complica aún más en aquellos idiomas que se circunscriben prácticamente al ámbito de la oralidad. Este es el caso del chocholteco o *ngigua* (nombre endógeno) hablado en la Mixteca oaxaqueña. Además del escaso número de hablantes con que cuenta esta lengua tonal, lo que implica su casi irremediable extinción, no se tiene un registro gráfico consolidado que permita fijar sus diferentes textos, su memoria como grupo étnico único e irrepeti-

ble. La autora de uno de los artículos del volumen que venimos comentando, habla incluso de su propuesta alfabética particular.

Pero qué sucede cuando se trata de desentrañar la palabra de un documento procedente de la tradición mesoamericana, de un lienzo o códice. ¿Cómo determinar la identidad de los glifos antroponímicos que van sucediéndose y que requieren ser interpretados? ¿Cómo descubrir a través de distintos lexemas, propios de un código diferente, los complejos sistemas de clasificación y de organización narrativa impresos en esos materiales? Quien desee una respuesta al respecto puede acercarse a la sugerencia planteada en uno de los trabajos incluidos en este libro.

La aproximación a sistemas diferentes de escritura, y más aún la carencia de ella, como hemos visto, entrañan serios problemas. No obstante, qué sucede cuando debe aprenderse una lengua de estructura distinta de la nativa para fines muy específicos. Eso ocurrió, por ejemplo, con los frailes que vinieron a evangelizar el mundo americano. Tuvieron ellos que comprender al indígena inserto en su universo y mediante los códigos que lo expresaban para poder llevar a cabo el proceso de conversión de manera eficaz; franciscanos, dominicos, agustinos y más tarde jesuitas tuvieron que internarse en el complejo mosaico lingüístico que se extendía en México y, por supuesto, en toda América. Igualmente durante el siglo XVI los indígenas interesados en acceder a una educación superior —científica y humanística— se vieron en la necesidad de aprender el latín, *lingua franca* que por siglos había gozado de supremacía y prestigio en el viejo continente, y que con dicho status pasó al nuevo.

La palabra es portadora de grandes cargas connotativas. A través de ella no sólo describimos nuestro entorno, también imprimimos nuestras emociones o nuestras apreciaciones respecto a otras realidades y otros seres; de este modo, en las relaciones de alteridad podemos manifestar el concepto que tenemos acerca del "otro". Así leemos en un interesante estudio de *La sabiduría de la palabra* que los mexicas despreciaban a las demás etnias por su rudeza, y que esto se reflejaba en la particular forma de aludir a ellas: totonacos "rústicos", popolocas "incomprensibles", otomfes. Pero la supuesta "barbarie" y escaso entendimiento de estos últimos a los que se refiere concretamente el trabajo, no se limitó a lo que los mexicas de manera peyorativa dijeron de ellos. La peculiaridad fonológica de la lengua ñahñú hablada por este grupo hizo que distintos estudiosos, a lo largo de los siglos, se refirieran a ésta como un idioma "primitivo" y "defectuoso", afirmación, por cierto, inadmisibles en las modernas concepciones lingüísticas.

Con la palabra no sólo nos comunicamos; el lenguaje articulado no sólo es el más eficaz y maravilloso medio para ponernos en contacto. La pluralidad de significados que en un momento dado puede sugerir un signo lingüístico permite que la mera función referencial se desplace a la poética. Ricos son, en este sentido, los pueblos indígenas de México; ellos han cultivado diversos géneros literarios que gracias a la tradición oral y a la escritura alfabética traída por los europeos han podido perpetuarse hasta hoy como memoria y testimonio de los pueblos amerindios. Afortunadamente en la actualidad se experimenta un importante resurgimiento en la producción poética, narrativa y dramática en la que se descubren tanto el pensamiento ancestral como las inquietudes actuales, expresadas mediante atildados recursos estilísticos por los herederos de esas culturas milenarias.

Tres trabajos incluidos en este volumen nos hablan de las dificultades para establecer límites precisos entre los diversos géneros; asimismo aluden a la supervivencia de los *huehuetlahtolli*, discursos antiguos, por ejemplo, en algunos pueblos del estado de Guerrero, al momento de contraer matrimonio, y a las poesías recitadas y cantadas en Santa Ana Tlacotenco, al celebrar bautizos y otras fiestas civiles.

Desafortunadamente no siempre se puede contar con el relato completo de un mito, de una fábula o de una leyenda; la tradición oral específicamente de la Huasteca, aunque rica, también es muy fragmentaria por lo que en ocasiones estas historias pueden parecer confusas. La autora de uno de los trabajos sugiere integrar un corpus con el conjunto de relatos en lengua teenek en el que se consideren todas sus variantes y analizar los materiales conforme a herramientas teóricas y metodológicas adecuadas.

Los esfuerzos por fundar la Sección de Lingüística en el Museo Nacional de Antropología e Historia que tan amenamente nos narra el maestro Leonardo Manrique en el artículo que abre este espléndido volumen han dado importantes frutos. En 1966 en un reducido lugar del citado Museo que contaba con un escaso mobiliario compuesto tan sólo de un escritorio, un restirador y una máquina de escribir, tres entusiastas investigadores, Leonardo Manrique, Roberto Escalante y María Cristina Álvarez Lomelí, decidieron inaugurar un espacio dedicado al rescate de las lenguas indígenas de México. Gracias al ímpetu de estos pioneros hoy, después de más de tres décadas, contamos con interesantísimas investigaciones, la mayor parte de ellas con un enfoque holista heredado de grandes maestros, como Nicolás León y Manuel Gamio, que nos permiten acercarnos a la realidad plurilingüística de nuestro país.

*La sabiduría de la palabra* es apenas un botón de muestra del intenso trabajo desarrollado por 17 investigadores adscritos a la hoy

llamada Dirección de Lingüística del INAH. Enhorabuena por este maravilloso regalo destinado a quienes se interesan por el pasado y el presente de nuestros, afortunadamente todavía, numerosos idiomas vernáculos.

PILAR MÁYNEZ

Anath Ariel de Vidas, *Le tonnerre n'habite plus ici. Culture de la marginalité chez les Indiens teenek (Mexique)*, Paris, Éditions de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales, 2002, 478 páginas (*El trueno ya no vive aquí. Representación de la marginalidad y construcción de la identidad teenek (Huasteca veracruzana, México)*), México, CIESAS, El Colegio de San Luis, CEMCA, 2003, 578 p.

Fruto de un trabajo de campo prolongado y denso, el libro de Anath Ariel de Vidas, *Le tonnerre n'habite plus ici. Culture de la marginalité chez les Indiens teenek (Mexique)*, trata de la construcción de la identidad de los teenek (huastecos) veracruzanos en México. Últimamente, los conceptos de "identidad" relativos sea a grupos marginados, sea a poblaciones dominadas, han suscitado numerosos trabajos, como por ejemplo los que surgieron a partir de conflictos interétnicos (de la ex-Yugoslavia, de Ruanda, de las zonas de Próximo Oriente), o a partir de crisis diversas (de índole política, social, ecológica...). Pese al nuevo interés que igualmente generaron los grupos indígenas de México —sobre todo después del levantamiento armado de los zapatistas en Chiapas en 1994—, siguen aún haciendo mucha falta trabajos que analicen de fondo la percepción que los propios indígenas tienen sobre sí mismos y sobre "los otros". Además de la novedad de su temática, Ariel de Vidas eligió trabajar con un grupo poco investigado: los teenek veracruzanos. Esta falta de interés se debería, en parte, a la ausencia de "rasgos indígenas" manifiestos de los teenek: no ostentan vestimentas características, no realizan rituales públicos o danzas espectaculares, no tienen un sistema de cargo, etcétera. Confiesa la autora que ¡hasta llegó a dudar de la "indianidad" de los teenek! (p. 12). Sin embargo, esta falta de marcadores étnicos así como de conflictos violentos en el momento del trabajo de campo, constituyeron indudables ventajas metodológicas: en efecto, Ariel de Vidas pudo estudiar la construcción de la identidad teenek en un contexto de vida cotidiana "normal", es decir sin las exageraciones que propician las situaciones de crisis.

Rendir cuenta de la abundante documentación etnográfica recopilada y analizada por ella, así como de las sugerentes interpretaciones de esta autora, ameritaría un espacio mucho mayor que el de una